

res atestados de gentes entusiasmadas que recorrían en grupos con antorchas encendidas gritando: ¡A Berlín! ¡A Berlín! Delante del ayuntamiento, aún veía subida sobre el pescante de un coche á una hermosa mujer, con el perfil de reina, envuelta en los pliegues de una bandera, cantando la *Marsellesa*. ¿Era acaso embustero y no había latido el corazón de París? Y luego, como ocurría siempre, después de aquella excitación nerviosa, venían los momentos de duda horrible y de disgusto; su llegada al cuartel, el sargento que le había recibido, el cabo que le había hecho vestir, el dormitorio apesadado de mugre, la sociedad grosera con sus nuevos compañeros, el ejercicio mecánico que le aniquilaba los miembros y le abrumaba el cerebro. En menos de una semana se acostumbró á aquella vida que ya no le repugnaba y volvió á entusiasmarse cuando el regimiento emprendió la marcha hacia Belfort.

Desde los primeros días Mauricio había creído en la seguridad de la victoria. A su modo de ver, el plan del emperador era muy claro; echar cuatrocientos mil hombres sobre el Rhin, pasar el río antes que los prusianos estuviesen preparados, separar la Alemania del Norte de la del Sur y, gracias á algun éxito brillante, obligar á Austria é Italia á unirse á Francia. ¿No había circulado el rumor de que el séptimo cuerpo de ejército, del que formaba parte su regimiento, debía embarcarse en Brest para desembarcar en Dinamarca y operar de tal modo, que Prusia se vería obligada á inmovilizar uno de sus ejércitos? Iba á ser sorprendida, aplastada en todas partes, destrozada por completo y destrozada

en algunas semanas. Todo se reducía á un paseo militar desde Straburgo á Berlín. Pero desde que se detuvo en Belfort, la inquietud le atormentaba. El séptimo cuerpo de ejército, encargado de vigilar el boquete de la Selva Negra, había llegado en una confusión lamentable, faltándole todo, incompleto. Se aguardaba de Italia la tercera división; la segunda brigada de caballería estaba en Lyon por temor á que estallara un movimiento popular, y tres baterías se habían extraviado, sin saber por donde. Además había una penuria extraordinaria; los almacenes de Belfort, que debían proveer de todo al ejército estaban vacíos: ni fajas de franela, ni cantinas médicas, ni forjas, ni cabezales para los caballos. Ni un sanitario, ni un obrero de administración militar. A última hora se acababa de notar que faltaban 30,000 piezas de recambio para el servicio de los fusiles y había sido preciso enviar á París un oficial que trajo unas 5,000, arrancadas no sin trabajo. Por otra parte, lo que le angustiaba era la inacción. Hacía dos semanas que se encontraban allí. ¿Por qué no iban adelante? Comprendía muy bien que cada día de retraso era una falta irreparable, la pérdida de una victoria, y ante el plan soñado se presentaba la realidad de la ejecución, lo que debía saber más tarde y ahora ignoraba: los siete cuerpos de ejército escalonados, diseminados á lo largo de la frontera desde Metz á Bitche y de Bitche á Belfort; los cuadros incompletos; los cuatrocientos treinta mil hombres reducidos á doscientos treinta mil; los generales envidiándose y decididos á ganarse cada uno el grado de capitán gene-

ral, sin ayudar á los vecinos: la más espantosa imprevisión, la movilización y la concentración hechas de golpe y porrazo para ganar tiempo y que terminaban en un laberinto inexplicable; la parálisis lenta, que procedía de arriba, del emperador enfermo, incapaz de adoptar una solución rápida, y que iba á apoderarse de todo el ejército, desorganizarle, aniquilarle, lanzarle á los mayores desastres, sin que pudiera defenderse. Y sin embargo, en medio de aquel malestar sordo del que aguarda, con el escalofrío instintivo de lo que iba á suceder, la certidumbre de la victoria quedaba siempre.

Bruscamente, el 3 de Agosto, habíase extendido la noticia de la victoria de Sarrebruk, ganada la víspera.

Gran victoria, aunque no se sabía á punto fijo. Pero los periódicos se desbordaban de entusiasmo; era la Alemania invadida, el primer paso de la gloriosa marcha, y el príncipe imperial, que había recogido una bala con mucha sangre fría, en el campo de batalla, empezaba su leyenda. Luego, dos días después, cuando se supo la sorpresa y la derrota de Wissemburgo, un grito de rabia se había escapado de todos los pechos. Cinco mil hombres cogidos en una emboscada, que habían resistido durante diez horas á treinta y cinco mil prusianos, ¿eso pedía venganza! Los jefes tenían la culpa de todo aquello, se habían dejado sorprender, no habían previsto nada. Pero todo el daño iba á repararse. Mac-Mahon había llamado á la primera división del séptimo cuerpo de ejército; el primer cuerpo se vería apoyado por el quinto, los prusianos debían haber vuelto á pasar el Rhin, empujados por

las bayonetas de nuestros soldados, y la idea de que se habían batido furiosamente en aquel día, la esperanza de recibir noticias, toda la ansiedad generalizada, se ensanchaba á cada minuto bajo el inmenso cielo que palidecía.

Era lo que Mauricio repetía á Weiss:—¡Ah! con seguridad les han dado hoy una paliza á los prusianos.

Sin contestar, Weiss movió la cabeza. El también miraba hacia el Rhin, hacia aquel oriente, donde la noche había caído, como una muralla negra, sombreada por el misterio. Desde los últimos toques de corneta, un gran silencio se había apoderado del campamento, interrumpido apenas por los pasos de algunos soldados retrasados. Una luz acababa de encenderse, una estrella centelleante, en la sala de la casería donde velaba el estado mayor, aguardando los despachos que llegaban de hora en hora, algo oscuros todavía. Y el fuego de leña verde, abandonado ya, humeaba siempre, con humareda espesa, triste, que un viento ligero empujaba por encima de aquella casería, obscureciendo en el cielo las primeras estrellas.

—Una paliza,—acabó por repetir Weiss.—¡Dios le oiga!

Juan que continuaba sentado á algunos pasos de distancia, prestó atención; mientras que el teniente Rochas, que había oído las últimas palabras de Weiss, se paró para escuchar.

—¡Pues qué!—dijo Mauricio—¿no tiene usted plena confianza? ¿cree usted en la posibilidad de nuestra derrota?

Su cuñado le detuvo y todo tembloroso añadió:

—¡Una derrota! ¡Dios no lo quiera!... Sabe usted que he nacido en este país, que mis abuelos fueron asesinados por los cosacos en 1814, y cuando pienso en la invasión, recuerdo aquellos tiempos y me siento capaz de agarrar un fusil y hacer fuego como un soldado. ¡Una derrota! ¡no, no quiero creer en ella!

Se calmó y ya más sereno, apesadumbrado, añadió:

—Pero qué quiere usted, no estoy tranquilo... Yo conozco muy bien mi Alsacia; acabo de recorrerla para mis negocios y hemos visto nosotros lo que saltaba á la vista y lo que los generales no han querido ver. ¡Ah! la guerra con Prusia la deseábamos, la esperábamos desde hace mucho tiempo para saldar nuestras cuentas. Pero esto no nos impedía sostener buenas relaciones con nuestros vecinos de Baden y de Baviera; tenemos todos parientes ó amigos al otro lado del Rhin. Creíamos que, como nosotros, ellos también deseaban hacer bajar la cabeza á los orgullosos prusianos... y nosotros, tan prudentes, tan resueltos, estamos hace quince días llenos de zozobra, al ver que todo marcha de mal en peor. Desde que se ha declarado la guerra, se ha dejado á los hulanos aterrorizar las aldeas, reconocer el terreno, cortar los hilos telegráficos. Baden y Baviera se levantan en armas. En este momento crítico grandes masas de hombres recorren el Palatinado, las noticias que nos llegan de todas partes, de los mercados, de las ferias, nos demuestran que la frontera está amenazada y cuando los habitantes, los alcaldes, asustados al cabo, van á

contar lo que ocurre á los oficiales que pasan, éstos se encogen de hombros; visiones de gente asustadiza, el enemigo está aun muy lejos... Cuando no hubiera debido perderse una hora, pasan días y días sin hacer nada ¡qué! ¿aguardamos á que Alemania entera se nos eche encima?

Hablaba en voz baja, desesperanzado, como si hablara para sí mismo, cosas que tenía pensadas hace mucho tiempo.

—¡Ah! Alemania; la conozco muy bien; y lo malo, lo horrible es que vosotros parecéis ignorarla como si fuera la China... ¿Se acuerda usted, Mauricio, de mi Gunther, ese muchacho que vino á verme durante la primavera á Sedan? Es primo mío, por parte de mi madre, la suya es hermana de la mía, se casó en Rerlín. Y él, ya se conoce que es prusiano, odia á Francia de todo corazón. Hoy sirve con el grado de capitán en la guardia prusiana. Cuando se marchó fui á despedirle, y recuerdo aún sus últimas palabras:—Si Francia nos declara la guerra, la derrotaremos.

En aquel momento, el teniente Rochas, que se había callado hasta entonces, se adelantó enfurecido. Tenía unos cincuenta años, y era un hombre alto, flacucho, con una cara larga, hundida, curtiada, ahumada. Su enorme nariz encorvada, caía sobre una boca grande, que cubrían unos bigotazos grises. Se encolerizaba, y con voz de trueno, dijo:

—¿Pero qué demonios hace usted aquí? ¿Para qué viene usted á desanimar á nuestros soldados?

Juan, sin tomar parte en la discusión, comprendió que el teniente tenía razón. El, á pesar de que comenzaba á extrañarse de los retrasos y del des-

orden, jamás había dudado de que los prusianos iban á ganarse una soberana paliza. Debía suceder así, puesto que habían venido para eso.

—Pero, mi teniente, contestó Weiss un tanto desconcertado, no quiero desanimar á nadie, muy al contrario, quisiera que todo el mundo supiese lo que yo sé, porque lo mejor es saber, conocer, para poder evitar... Y mire usted, esa Alemania...

Continuó hablando, razonando, explicando sus temores; Prusia, aumentada después de Sadowa, el movimiento nacional que la colocaba á la cabeza de los demás Estados alemanes, todo aquel vasto imperio en embrión, rejuvenecido, entusiasmado, deseando conquistar su unidad; el sistema del servicio militar obligatorio, que ponía en pie de guerra la nación entera, instruida, disciplinada, provista de armamento potente, acostumbrada á la gran guerra, con los laureles frescos de la victoria rápida sobre el Austria: la inteligencia, la fuerza moral de aquel ejército, mandado por jefes jóvenes, obedeciendo á un generalísimo, que parecía renovar el arte de la guerra, con una prudencia y una previsión tan perfectas, dotado de un golpe de vista maravilloso. Y enfrente de aquella Alemania, Weiss se atrevió á colocar á Francia, el imperio envejecido, aclamando aún en el plebiscito, pero podrido en su base, que había debilitado la idea de la patria destruyendo la libertad, que se había hecho liberal demasiado tarde, lo que contribuirá á su ruina, próximo á derrumbarse, cuando no pudiese satisfacer los apetitos que había desencadenado; el ejército, sin duda alguna, era un ejército valiente, admirable, cargado aún con los laureles conquistados en Crimea

y en Italia, pero echado á perder con la sustitución por medio del dinero, que continuaba con sus rutinarias prácticas de la guerra de Africa, demasiado confiado en el éxito de la victoria para intentar el gran esfuerzo de la ciencia moderna: los generales, por último, medianos, envidiándose, algunos de una ignorancia supina, y á la cabeza, el emperador, enfermo, dudando, engañado y engañándose en la terrible aventura que comenzaba, donde todos se lanzaban á ciegas, sin preparación seria, en medio del atolondramiento de la desbandada de un rebaño llevado al matadero.

Rochas, aturdido, con los ojos desmesuradamente abiertos, escuchaba. Su enorme nariz se había arrugado. De pronto se echó á reír á carcajadas hasta desencajarse las mandíbulas.

—¿Qué nos cuenta usted? ¿qué quiere usted decir?

Esas son tonterías sin sentido común, no hay necesidad de romperse la cabeza para comprenderlas. ¡Vaya usted á contar eso á unos quintos, pero no á mí que llevo veintisiete años de servicio.

Se daba puñetazos en el pecho. Hijo de un albañil de Lemosín, nacido en París, repugnábale el oficio de su padre y se enganchó á los diez y ocho años. Soldado afortunado, cabo en Africa, sargento en Sebastopol, teniente en Solferino, había empleado quince años de vida ruda y de heroicos esfuerzos para conquistar el grado, pero tan falto de instrucción que nunca podía llegar á ser capitán.

—Pero señor mío, usted que lo sabe todo, no sabe esto... Si en Mazagan tenía yo diez y nueve años y éramos ciento veintitres hombres, ni uno más, y

hubimos de sostenernos durante cuatro días contra doce mil árabes... Si durante muchos años, allá en Africa, en Mascara, en Biskra, en Dellys, más tarde en la gran Kábila, después en Langhonat, si hubiese usted estado con nosotros, hubiera visto á todos aquellos bandidos correr como liebres en cuanto asomábamos. ¡Y en Sebastopol! aquello fué durito. Tempestades que erizaban los pelos, un frío de lobo, siempre alertas y después aquellos salvajes que hicieron volar todo, lo que no nos impidió hacerlos saltar y con música, en la gran sartén. ¡Y en Solferino! ¡no estaba usted allí! ¿entonces, por qué habla usted? En Solferino, donde hizo tanto calor y eso que cayó allí más agua de la que usted puede ver en toda su vida. En Solferino, la gran paliza á los austriacos; había que verlos delante de nuestras bayonetas, correr, empujarse para correr más, como alma que lleva el diablo.

Estallaba de gusto. Toda la alegría militar francesa rebotaba en aquella risa francota. Era la leyenda del soldado francés recorriendo el mundo con su mujer y su botella; la conquista de la tierra hecha cantando. Un cabo y cuatro soldados y ejércitos inmensos caían á tierra.

De repente gruñó:

—Derrotada, Francia derrotada... Esos canallas de prusianos van á pegarnos ¡á nosotros! ¡á nosotros!

Se acercó, cogió á Weiss por la solapa:—Escuche usted, caballero. Si los prusianos se atreven á venir, los echaremos de aquí á puntapies; á puntapies, lo oye usted bien, á puntapies hasta Berlín.

Weiss, atontado, casi convencido, se apresuró á

declarar que era eso lo que deseaba, y Mauricio, que estaba callado, no atreviéndose á interrumpir á su superior, acabó por echarse á reír, y Juan, con movimientos de cabeza, había ido aprobando todas las declaraciones del teniente. El también había estado en Solferino, donde había llovido tanto, y lo que había dicho el teniente era la pura verdad. Si todos los jefes hubiesen hablado así, poco hubiera importado que faltasen víveres en algunas ocasiones.

Ya era completamente de noche y Rochas continuaba agitando sus largos brazos mientras hablaba entusiasmado. Sólo había leído, por casualidad, un libro en el que cantaban los hechos gloriosos de Napoleón I, y no podía tranquilizarse, lanzando al aire, impetuosamente, toda su ciencia militar.

¡El Austria derrotada en Castiglione, en Marengo, en Austerlitz, en Wagram! ¡Prusia derrotada en Eylau, en Jena, en Lutzen! ¡Rusia derrotada en Friedland, en Smolensk, en Moscow! ¡Derrotadas todas las naciones, en todas partes, y hoy nos iban á derrotar! ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Había cambiado el mundo, acaso?

Se creció aún más, y levantando su brazo como si fuera un asta de bandera, continuó:

—Mire usted, hoy se han batido allá, se aguardan noticias de un momento á otro. Pues bien, las noticias voy á dárselas á usted yo mismo. Han pegado á los prusianos una paliza soberana, tan soberana que no han quedado rastros de ellos.

Bajo el cielo sombrío vibró entonces un gemido doloroso. ¿Era la queja de un ave nocturna, ó una voz misteriosa, llegada de lejos y preñada de lá-

grimas? Todo el campamento envuelto en tinieblas sintió un tremendo escalofrío, y la ansiedad aumentada por la falta de noticias, creció de modo indecible. A lo lejos, en la casería, alumbrando la velada del estado mayor, la bujía brillaba y ardía más alta, con una llama recta é inmóvil como la de un cirio.

Dieron las diez; Gaude surgió del suelo, negro como un fantasma y tocó á silencio. Los otros cornetas repitieron el toque, que fué apagándose lentamente y perdiéndose en la inmensidad de la noche. Weiss, que se había retrasado mucho, abrazó á Mauricio, dándole ánimos y prometiéndole dar noticias suyas á Enriqueta y al tío Fouchard. Entonces, cuando se marchaba, un rumor recorrió el campamento, agitándole. Era la noticia de una gran victoria que el mariscal Mac-Mahon acababa de ganar; el príncipe real de Prusia hecho prisionero con 25,000 hombres; el ejército enemigo destruído, rechazado, dejando en nuestro poder cañones é impedimenta.

—¡No podía ser otra cosa!—gritó Rochas con voz de trueno.

Y después, siguiendo á Weiss que se retiraba, añadió:—¡A patadas, caballeros, á patadas los llevaremos á Berlín!

Un cuarto de hora más tarde, otro telegrama decía que el ejército había tenido que abandonar á Wörth y se batía en retirada. ¡Qué noche! Rochas, rendido de sueño, acababa de envolverse en una manta y dormía sobre el suelo, como le ocurría á menudo. Mauricio y Juan se habían metido en la tienda de campaña, en la que ya se encontraban

Loubet, Chouteau, Pache y Lapouille; cabían seis hombres en cada una apretándose un poco. Loubet había animado á sus compañeros, diciéndoles que al día siguiente habría pollo para el rancho, pero todos estaban tan cansados que muy pronto se durmieron. Un momento después Juan estuvo acostado, apretado contra Mauricio, sin moverse; á pesar del cansancio, tardaba en cogerle el sueño, preocupado con todo lo que había dicho Weiss de Alemania; comprendió que su compañero tampoco dormía, preocupado lo mismo que él. Después Mauricio hizo un movimiento y Juan comprendió que le molestaba. Entre el aldeano y el señorito, la enemistad, la repugnancia aumentaban y producían algo así como un malestar físico. Juan lo comprendía y esto le daba vergüenza, trataba de empequeñecerse para verse libre de aquel desprecio hostil que adivinaba. La noche había refrescado, pero dentro de la tienda se ahogaban tanto, que Mauricio dió un salto y fué á acostarse fuera. Juan, impresionado, durmió muy mal, preocupado y con el presentimiento de que había ocurrido alguna gran desgracia, allá á lo lejos.

Debieron de pasar muchas horas; todo el campamento, inmóvil, parecía aniquilarse bajo la opresión de la noche inmensa donde flotaba aún algo horrible, sin nombre. Del lago de sombras venían sobresaltos. Ahora eran ruidos que no se explicaban, el galope de un caballo, el chocar de un sable, la huida de algún hombre, todos los ordinarios rumores, que parecían más amenazadores. Pero de repente, cerca de las cantinas, apareció un gran resplandor, iluminándose todo el frente de las ban-

deras, se distinguieron los pabellones de armas, correctos, claros, donde brillaban reflejos rojos parecidos á chorros de sangre fresca y los centinelas sombríos destacaron sus siluetas en aquel repentino incendio. ¿Era el enemigo anunciado por los jefes há ya dos días y que habían ido á buscar de Belfort á Mulhouse? Luego hubo una explosión de chispas y la llamarada se apagó. Era el montón de leña verde que tanto había hecho soplar á Lapouille, que después de haberse consumido durante muchas horas, había ardidido para apagarse.

Juan, asustado por aquella claridad, salió á su vez de la tienda y estuvo á punto de tropezar con Mauricio. Ya habían desaparecido los reflejos y los dos hombres quedaron tendidos en tierra á algunos pasos de distancia. No tenían enfrente de ellos, en la noche oscura, más que la ventana donde vela ba el Estado Mayor. ¿Qué hora era? Las dos, tal vez las tres. Allí, el Estado Mayor no se había acostado. Se oía la voz chillona del general Bourgain Desfeuilles, molestando por aquella noche de vela, que procuraba pasar bebiendo sendos tragos, fumando y charlando. Llegaban nuevos telegramas, las cosas debían ir de mal en peor, las sombras de las estafetas galopaban alocadas, casi invisibles. Hubo ruido de pasos, juramentos, como un grito ahogado de muerte, seguido de un horrible silencio. Pues qué ¿era aquello el acabóse? Un soplo helado había pasado sobre el campamento, aniquilado por el sueño y el cansancio.

Entonces fué cuando Juan y Mauricio reconocieron al coronel Vineuil, que pasaba rápidamente. Debía hallarse con el comandante Bourroche, un

hombre grueso con cabeza de león. Los dos cambiaban sus impresiones con palabras incompletas; murmuradas, como las que se oyen en sueños.

Viene de Basilea... nuestra primera división ha quedado destruída, doce horas de combate, todo el ejército está en retirada.

La sombra del coronel se paró, llamó á otra sombra que marchaba ligera, fina y correcta.

—¿Es usted, Beaudoin?

—Sí, mi coronel.

—¡Ah! mi buen amigo. Mac Mahon derrotado, en Froeschwiller, Frossard derrotado en Spickeren, Faily sin poderse mover, inútil entre los dos... En Froeschwiller, un solo cuerpo contra todo un ejército; se han hecho prodigios, pero todo inútil, la derrota, el pánico, Francia abierta al enemigo.

Las lágrimas le ahogaban, las palabras se perdieron y las tres sombras desaparecieron.

Mauricio, sobresaltado, se puso de pie.

—¡Dios mío!—murmuró.

Y no supo decir más, mientras que Juan murmuraba:

—¡Qué suerte más desgraciada!... Ese señor, su pariente de usted, estaba en lo cierto, cuando decía que eran mucho más que nosotros.

Mauricio tenía ganas de estrangularle. Los prusianos más fuertes que los franceses, eso era precisamente lo que le dolía.

—No importa,—añadió Juan,—aunque nos han dado una paliza, se la devolveremos.

Pero vieron delante de ellos un cuerpo largo, inmóvil. Reconocieron al teniente Rochas envuelto en su manta, y á quien habían despertado los rui-

dos errantes. La noticia de la derrota le había despertado. Preguntó, quería conocer el desastre en todos sus detalles.

Cuando comprendió la magnitud del daño, un estupor inmenso se pintó en sus ojos de niño:

—¡Derrotados! ¡completamente derrotados! ¿cómo? ¿por qué?

Aquel desastre era el que llenaba de angustia los corazones en aquella fúnebre noche. Ahora, en el Oriente, el día comenzaba á blanquear, un día triste, de una tristeza infinita; sobre las tiendas adormecidas, en una de las cuales se comenzaba á distinguir las caras de Loubet, de Lapouille, de Chouteau y de Pache, que seguían roncando con la boca abierta. Una aurora de duelo se levantaba entre las nieblas de color de humo, que subían lentamente del lejano río.

## II

A las ocho, el sol rasgó las pesadas nubes y un ardiente y espléndido domingo resplandeció sobre Mulhouse, en medio de la vasta y fértil llanura. Desde el campamento, despierto, rebosando vida, se oían las campanas de todas las parroquias, cuyos sonidos llegaban claros y distintos. Aquel hermoso domingo, de horrible catástrofe, tenía su alegría, su cielo brillante de los días de fiesta.

Gaude tocó á provisiones y Loubet estaba asombrado. ¿Qué ocurría? ¿Era acaso el pollo que había prometido la víspera á Lapouille? Nacido en el barrio de los mercados, en la calle de la Cossonnerie, hijo del acaso, enganchado en el ejército, por los

cuartos, como decía él, después de haber probado toda clase de oficios, era el cocinero de la escuadra, siempre alerta para recoger lo que cayese á mano. Se fué á buscar algo, mientras que Chouteau, el artista, el pintor de puertas y ventanas de Montmartre, buen mozo y revolucionario, renegando de su suerte por haber sido llamado al ejército después de haber cumplido, se burlaba de Pache, á quien había sorprendido rezando de rodillas detrás de la tienda de campaña.—Hombre, le decía.—¿Por qué no pides al cielo que te envíe una renta de cien mil pesetas? Pero Pache, recién llegado de una aldea de la Picardía, flacucho, enjuto, de cabeza puntiaguda, dejaba que se burlasen de él con la resignación muda de los mártires. Era el que sufría todos los golpes de la escuadra, en compañía de Lapouille el coloso, el bruto nacido en las charcas de la Sologne, tan ignorante, que el día que llegó al regimiento quiso ver al rey. A pesar de que la noticia del desastre de Frœschviller circulaba desde el amanecer, los cuatros hombres se reían y hacían sus habituales faenas con la indiferencia de una máquina.

Pero en aquel momento recibieron una alegre sorpresa. Era Juan, el cabo, el cual, acompañado de Mauricio, volvía de las provisiones con una carga de leña. Por fin, se distribuyó la leña, que las tropas habían aguardado inútilmente la víspera para hacer el rancho. ¡Doce horas de retraso!

—¡Bien por la administración militar!—dijo Chouteau.

—Poco importa; ya la tenemos. Ahora veréis